

mo una cuba. Los seminaristas no tenían más vehículos que trineos de respaldo muy alto, tirados por tres caballos. ¿Dónde colocar aquel cuerpo inerte?

Entonces uno de los jóvenes, inspirándose en uno de sus recuerdos clásicos, propuso atar á Micha por los piés á la trasera de un trineo, como Héctor al carro de Aquiles. Aprobóse la proposición..., y puesto Micha con los piés en el aire y la cabeza en la nieve, ya volando por encima de las hondonadas, ya deslizándose de costado sobre las pendientes oblicuas, recorrió de espaldas las dos *verstas* que separaban el mesón de la ciudad, y no sólo no se acatarró, sino que ni siquiera hizo un gesto. He aquí cual era la constitución con que la naturaleza le había favorecido.

V

A su regreso del Cáusaso, reapareció en Moscu con vestimenta *tcherkesa*, la canana de cartuchos en bandolera, puñal al cinto y alto gorro de pieles á la cabeza. Llevó este traje hasta el fin de su vida, aunque ya no estaba en el servicio militar: habíanle obligado á presentar la dimisión por faltar á la lista. Iba de vez en cuando á verme, y me pedía prestado un poco de dinero... Entonces comenzaron sus zambullidas, el pasar por diversas pruebas, ó, como él decía, por «los siete Simeones», sus escabullidas y sus retornos repentinos; entonces empezó el diluvio de sus caligráfi-

cas dirigidas á todas las personas imaginables, desde el metropolitano hasta los maestros de equitación y las profesoras en partos. Pero debe advertirse una cosa, y es: que en sus visitas no era obsequioso ni importuno; antes al contrario, se presentaba muy correctamente, con maneras francas y agradables, aun cuando á todas partes le seguía un inveterado olor á aguardiente, y su uniforme oriental se transformaba poco á poco en harapos.

—Si me da V. alguna cosa, Dios le recompensará, aunque no merezca la pena—decía con sonrisa franca y ruborizándose abiertamente;—si no me da V. nada, tendrá razón por completo, y no me ofenderé lo más mínimo. Saldré como pueda de mi apuro, á pesar de todo. ¡Dios proveerá! ¡No faltan gentes más

pobres que yo, y más dignas de socorro!

Micha tenía buen éxito, particularmente con las mujeres, teniendo maña para excitar su compasión. No vayan Vds. á figurarse que era ni creía ser un Lovelace... ¡Oh! No; en esa materia era muy modesto. Tal vez había heredado el temperamento tranquilo de sus padres, quizá fuera también eso una de las manifestaciones de su deseo de no perjudicar á nadie; «porque—decía—cortejar á una mujer, es injuriarla, y nunca me lo permitiría yo». Sea como fuere, su conducta con el bello sexo era verdaderamente delicada. Las mujeres dábanse cuenta de ello, y le otorgaban con el mayor gusto simpatías y socorros; hasta que sus desórdenes, su afán por la bebida y su desespera-

ción—no encuentro otra palabra—acabaron por desalentarlas.

Confieso que desde otros puntos de vista había perdido en absoluto la delicadeza, llegando á los últimos límites del rebajamiento. Una vez, en el club de la nobleza de T..., llegó al extremo de poner encima de la mesa una hucha con este letrero:

«Toda persona que quiera tener el gusto de dar un capirotazo en la nariz á Poltef, hidalgo linajudo (adjuntos van los documentos auténticos), podrá satisfacer ese capricho, echando previamente un rublo en este cepillo.»

Asegúrase que hubo aficionados á dar un capirotazo en la nariz á un noble. Debo añadir que un aficionado que echó un solo rublo y dió dos capirotazos, en poco estuvo que no

le estrangulara Micha, quien le hizo en seguida que le pidiera perdón á viva fuerza. Debo agregar también que Micha distribuyó entre otros pobres diablos la mayor parte del dinero así obtenido... Pero, á pesar de todo, ¡qué chifladura!

En el curso de sus viajes á través de «los siete Simeones», fué á ver un día su antiguo nido, que había vendido por una miserable suma á cierto «hombre de negocios», un usurero muy conocido como tal.

Allí estaba el hombre de negocios; informado de la presencia del antiguo propietario, trocado en vagabundo, mandó que no le dejasen entrar en la casa, y en caso necesario que le echaran fuera á empujones.

Micha declaró que no quería entrar en una casa ensuciada por la

presencia de un pillastre; que en cuanto á echarle á empujones, á nadie se lo consentiría; y, por último, que iba á visitar las cenizas de sus antepasados en el cementerio de la iglesia.

Reuniósele en el camposanto un pobre hombre viejo. Era su antiguo criado, á quien el hombre de negocios había despedido y privado de su salario en especie, y á quien dió asilo un labriego en una especie de establo. Micha había manejado sus bienes durante tan poco tiempo, que apenas guardaba nadie recuerdo alguno de él. Sin embargo, aquel viejo sirviente, así que supo la llegada de su antiguo señorito, no pudo contenerse; corrió al cementerio, y hallando á Micha sentado en el suelo, entre las lápidas de las sepulturas, pidió besarle la mano en

memoria de otros tiempos, y se puso á llorar á lágrima viva, viendo los andrajos que cubrían el cuerpo antaño tan pulcro del señorito.

Micha miró al viejo largo rato sin desplegar los labios. Al fin dijo:

—¡Timoteo!

Timoteo se estremeció.

—¿Qué manda V.?

—¿Tienes una pala?

—Puede hallarse. Pero señor Miguel Andreievitch, ¿qué se propone V. hacer con una pala?

—Timoteo, quiero labrar aquí mi sepultura, y echarme en ella hasta la eternidad entre mis antepasados, pues en el mundo entero ya no me queda sino este pequeño sitio. Tráeme una pala.

—En seguida—dijo Timoteo.

Echó á correr, y volvió. Micha se puso al instante á ahondar. Ti-

moteo estaba junto á él con la barba en la mano, y repetía:

—Sí, *barin*, para nosotros dos; ya no nos queda más que esto.

Y Micha ahondaba, ahondaba sin cesar, diciendo á intervalos:

—No merece la pena de vivir, ¿no es verdad, Timoteo?

—No merece la pena, *barin*, padrecito.

La fosa comenzaba ya á ser bastante profunda. Unos campesinos que repararon en la ocupación de Micha, corrieron á informar al nuevo amo.

Al pronto, el hombre de negocios se puso hecho una furia, y habló de ir en busca de la policía.

—Es una profanación—exclamaba. Pero sin duda reflexionó que habérselas con ese loco no sería cosa cómoda, y que quizá produjese un

decidióse á ir él mismo al cementerio, y acercándose á Micha, que seguía en su trajín, le saludó cortésmente. Micha continuó su tarea, sin dar señales de advertir la presencia de su sucesor.

—Miguel Andreievitch—dijo el hombre de negocios—permítame V. preguntarle qué hace ahí.

—Ya lo ve V.; abrir mi sepultura.

—Pues... ¿y por qué?

—Porque no tengo ganas de vivir ya más tiempo.

—¿No tiene V. ganas de vivir?

Micha le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Eso le extraña á V.? ¡Pues bien sabedor es que V. es la causa de todo!... Sí, V... ¡Sí, tú, tú... Judas, que te valiste de que yo era un niño para despojarme! ¡Tú, que ma-

tas de hambre á tus aldeanos! ¡Tú, que has quitado el pan de cada día á este pobre viejo achacoso! ¡Sí, tú eres!... ¡Oh gran Dios! ¡Por todas partes la injusticia, por todas partes la opresión y el crimen! Pues bien; ¡todo perezca, y con todo yo! ¡No quiero vivir ya, no quiero vivir más en esta Rusia!

Y la pala de Micha trabajaba cada vez con mayor ahinco.

—¿Qué diablo significa esto?— pensaba el hombre de negocios.— ¡Parece que quiere enterrarse de veras!...

—Miguel Andreievitch — replicó—escuche, debo excusarme ante V.; ha habido una mala inteligencia. (Micha cavaba). Pero, ¿por qué tal desesperación? (Micha cavaba á más y mejor, y echaba la tierra á los piés del nuevo dueño.

como si le dijese: «Toma, eso para ti, comedor de tierras»). Le aseguro que no está V. puesto en razón. Mejor sería que entrara en mi casa, si quiere, para que tomase una pequeña colación, y para que V. descansase.

Micha levantó la cabeza.

—¡Ahora bien cantas, pero mal entonas! Y, dime: ¿habrá algo de beber?

—¿Cómo? ¡Yalo creo!—respondió encantado el hombre de negocios.

—¿E invitarás á Timoteo?

—¿Y por qué no? ¡Con seguridad!

Micha reflexionó un instante.

—Sólo te advierto... que tú eres quien me ha dejado en cueros vivos, ya lo sabes... No te pienses que despacharás con una botella sola.

—Tranquilícese V.; las habrá á discreción.

Enderezóse Micha y tiró la pala.

—Vamos, mi buen Timoteo— dijo á su antiguo criado— hagamos honor al dueño. Ven.

—Voy—respondió el viejo.

Y los tres se encaminaron á la casa.

El patrón sabía con quien trataba. Verdad es que Micha comenzó por hacerle dar su palabra de que otorgaría todo linaje de moratorias y alivios de censos á sus colonos; pero una hora después el mismo Micha y Timoteo, muy disparados ambos, entregábanse á una *galop* sin freno en aquella misma estancia donde parecía vagar la devota sombra de Poltef padre; y otra hora más tarde, Micha, sumido en un sueño de muerte (resistía muy mal el aguardiente), fué puesto, en unión de su gorro y su puñal, dentro de una

telega que le llevó á la ciudad inmediata, distante unas veinticinco *vers-tas*. Dejáronlo al pié de una empalizada. En cuanto á Timoteo, que estaba algo hiposo, pero aún se tenía en pié, lo echaron «á empellones» á fuera. Lo que hubo proyecto de hacer con el señor, hizose á lo menos con el sirviente.

VI

Transcurrió otro poco de tiempo sin que oyese yo hablar de Micha... ¡Dios sabe dónde andaría metido! Mas hete aquí que cierto día, en una parada de postas de la carretera de T..., sentado delante de un *samovar* y en espera de caballos,

oigo una voz cascajosa que salía de debajo de la ventana y decía en francés:

—Señor..., caballero..., tenga V. compasión de un pobre hidalgo arruinado.

Levanto la cabeza, ¡qué veo, gran Dios!... un gorro sin pelo, una túnica *tcherkesa* en jirones, de donde pendían algunos restos de canana, un puñal dentro de su vaina rota, un rostro abotagado y enrojecido, cabellos en desorden y abundantes aún... ¡Era Micha! ¡Había llegado hasta á pedir limosna en las carreteras!

Di un grito involuntario. Me conocí, estremecióse, se volvió é hizo ademán de alejarse de la ventana. Le detuve... Pero, ¿qué iba á decirle? ¡Iba á ponerme á recitarle un capítulo de moral?

Sin decirle una palabra, le alargué un asignado de cinco rublos; sin hablar él tampoco, cogió el billete—con su mano siempre blanca y regordeta, pero temblona y sucia—y desapareció tras el ángulo de la casa.

Hiciéronse esperar los caballos; tuve tiempo de hacer tristes reflexiones acerca de aquel inesperado encuentro con Micha. Concluí por echarme en cara el haberle dejado partir con tamaña indiferencia. Al cabo me puse otra vez en camino. No había andado más que una media *versta*, cuando noté ante mí un grupo de gentes que se movían de un modo extraño, con una especie de paso regular y acompasado. Llegué á donde estaba el grupo, ¿y qué es lo que veo? Una docena de mendigos, alforjas al hombro, que

iban de dos en dos cantando y saltando, y á su cabeza Micha, que bailaba también y cantaba el estribillo.

Cuando mi carretela llegó junto á ellos, me vió y dijo en seguida á gritos:

—¡Hurra! ¡Alto! ¡De frente!
¡La guardia de honor de las carreteras!

Los mendigos, obedientes á su voz de mando, se detuvieron; y él, con su sonrisa habitual, subiéndose al estribo del coche, gritó de nuevo:

—¡Hurra!

—¿Qué es esto?—le pregunté aturdido.

—¿Esto? Es mi ejército; está compuesto de mendigos, gentes á la buena de Dios, amigos míos. Gracias á V., cada uno de ellos se

ha zampado su traguete; y ahora, ya lo ve V., ¡nos divertimos, nos alegramos!... Créame V., mi buen tío, le aseguro que sólo se puede vivir en la tierra con los mendigos, con los pobres de solemnidad.

Nada le respondí... Pero, en aquel momento, ¡tenía un aire tan bueno! Una expresión de candor infantil rejuvenecía su rostro... Bruscamente, me pareció ver claro en mi interior, y sentí conmoverse mi alma.

—Siéntate junto á mi en el coche—le dije.

Hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Yo, en el coche?

—Siéntate, siéntate—repetí.—Tengo que hacerte una proposición. Siéntate, iremos juntos.

—¡Ya que V. se empeña!

Tomó asiento, y dirigiéndose á los mendigos, añadió:

—Y vosotros, mis buenos amigos, mis respetables camaradas: ¡Adiós, hasta la vista!

Se quitó el gorro y les hizo un profundo saludo. Los mendigos estaban petrificados de sorpresa. Hice señas al cochero para que arrease á los caballos, y el coche rodó otra vez.

He aquí lo que quería proponer á Micha. Se me había ocurrido de pronto la idea de llevármelo conmigo á mi casa de campo, distante treinta *verstas* de allí, y salvarle, ó por lo menos tratar de salvarle.

—Oye, Micha, ¿quieres vivir conmigo?... Tendrás todo lo necesario para vivir; se te harán vestidos, ropa blanca; se te equipará decentemente; tendrás dinero para tabaco

y tus gustos, pero con una sola condición, y es que no beberás aguardiente. ¿Aceptas?

Regocijose tanto Micha, que parecía un hombre espantado: se enarcaron sus ojos, se puso como la púrpura su cara, y echándose de pronto sobre mi hombro, comenzó á besarme, repitiendo con voz entrecortada:

—Mi buen tío... mi bienhechor... que ¡Dios se lo pague!

Acabó por deshacerse en lágrimas; y quitándose el gorro, valióse de él para enjugarse los ojos, la nariz y los labios.

—Atiende—le dije— fijáte bien en la condición que te impongo: que no bebas aguardiente.

—¡Maldito sea!—exclamó agitando ambas manos en el aire; y ese transporte me hizo oler mejor los vapores de aguardiente que exha-

laba por todas partes.—¡Ah, mi pobre y querido tío, si supiera V. cuál ha sido mi vida! La angustia, el duro destino es la causa de todo... Pero, ahora, ¡lo juro, sí, lo juro! me corregiré... ¡Ya lo verá V.!... Jamás he mentado, mi buen tío, pregúnteselo á quien guste...; soy un hombre honrado, pero no he tenido suerte; nadie ha sentido ternura hacia mí, nadie...

Al llegar á este punto, perdióse su voz entre sollozos. Me esforcé por consolarle y lo conseguí, pues cuando nos detuvimos delante de mi casa, Micha hacía largo rato que iba durmiendo con un sueño de plomo y con la cabeza encima de mis rodillas.

VII

Arregláronle en seguida su aposento; pero, ante todo se le mandó al baño, cosa absolutamente necesaria. Se echaron á la basura todos sus vestidos, incluso el puñal, el gorro y las agujereadas botas; se le proveyó de ropa blanca, zapatillas y un traje mío, que le iba como un guante, según suele suceder á todos los pobres diablos. Cuando se puso á la mesa, lavado, limpio, fresco cual una rosa, tenía un aire tan tierno, alegre y reconocido, que yo también me enternecí y me alegré... Su rostro estaba enteramente transformado... Caras como la suya se ven en los niños de doce años por